

SENDERO DEL AGUA, LA NIEVE Y EL VIENTO DE MALANQUILLA

Texto y fotos: Mercedes Penacho Gómez



Foto Javier Melero

El pasado 24 de septiembre, Día de la Virgen de las Mercedes, para el pequeño municipio de Malanquilla fue un día grande. Porque en el territorio los pequeños pasos, son pasos de gigante. Ese domingo vio oficialmente la luz el «Sendero del agua, la nieve y el viento», un proyecto patrimonial y paisajístico que, más allá de ser un sendero que recorre los principales elementos de la localidad, es otro anhelo de otro pequeño enclave del medio rural por ofrecer estímulos, crear altavoces de existencia, proteger y estimar su patrimonio y trazar pazos de futuro. “En Malanquilla somos pocos, pero tenemos mucha estima de nuestro pueblo”, decía en la inauguración Cristina, vecina del municipio.



Arriba, un tramo del sendero con el molino de fondo

La pandemia y los ajustes presupuestarios dilataron este proyecto fruto del impulso municipal y del trabajo de Antonio Sánchez, cronista oficial de Malanquilla, Miguel Ángel Solá y Javier Martínez, los tres hijos del pueblo en éxodo pero aún profundamente unidos a él y fervientes investigadores de las huellas de su pasado.

Este sendero es una ruta circular englobado en la Red de Senderos de Aragón, de 4,3 kilómetros, con apenas desnivel y escasa dificultad, que recorre los principales monumentos y recursos histórico-artísticos de la localidad, desde el casco urbano hasta los alrededores, ofreciendo bellas panorámicas de Malanquilla insertado en una composición de lomas, campos de cultivo y suaves serranías. Dicen los lugareños que muy bien con luz del día, pero que se ven más bellas estampas si se contempla al atardecer.

El panel inicial se encuentra a la entrada del pueblo, en la calle Mazacote, y avanzamos desde allí por la calle del castillo hasta el punto que nos habla de los restos de la antigua fortaleza medieval, de la que ha llegado copiosa documentación histórica y, sin embargo, solo parte de sus cimientos, muy modificados por actuaciones posteriores. Del recoleto rincón tapizado de trepadoras donde buceamos en la historia del castillo, se avanza hasta la plaza principal del pueblo, con la rotunda iglesia parroquial de imponentes dimensiones y muros de arenisca rojiza, el color que impregna los alrededores y queda en la toponimia, como Villarroya de la Sierra, la ‘villa roya’ de ese territorio que vigila la espalda del Moncayo, ya en la linde con Soria.

La iglesia parroquial de Nuestra Señora de La Asunción es un templo de estilo tardogótico-renacentista, bendecido en 1594 por el obispo de Tarazona y fundador de la Universidad de Zaragoza, Pedro Cerbuna. De imponentes dimensiones, la joya es su escultórico retablo renacentista de Jerónimo Laguardia, con relieves policromados con capítulos de la vida de la virgen. Acercarse a la predela permite observar deliciosas escenas de la circuncisión o la presentación de Jesús en el templo, y la sorpresa de un exquisito portal de Belén oculto tras las puertas de su sagrario.

Tras la visita a la parroquial sale la ruta a las afueras del pueblo hasta la ermita del Cristo del Humilladero, profundamente enraizada en la tradición local. “El cristo de Malanquilla representa el sentir del pueblo, se le reza, se le invoca y se le saca en procesión”, rememora Antonio Sánchez Molledo, cocreador de este itinerario y flamante cronista del pueblo, de lo que hace gala allá por donde va. “También se sacaba al cristo en épocas de sequía prolongada, la última vez en 1983, que tuvo que venir un camión de bomberos a repartir agua para beber porque no había”, rememora.

Abajo, fachada de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de La Asunción y su retablo renacentista



Derecha, pozo de hielo con el pueblo al fondo

POZO DE HIELO, ERMITA Y MOLINO

Se sale por un camino de piedra y se va rodeando el caserío hasta llegar al pozo de hielo, restaurado en 2010, una de tantas muestras de la valiosa arquitectura del frío que puebla el territorio aragonés; y de ahí el sendero serpentea hasta la restaurada ermita de la Magdalena, una de las cuatro con las que contó Malanquilla junto con la del Cristo del Humilladero. Muy mermada cuando se recuperó en 2015, “es una toma de conciencia del rápido deterioro del patrimonio”, lamenta el historiador Miguel Ángel Solá, otro de los centinelas de la historia malanquillera, quien apunta sin embargo la singularidad de este pequeño templo románico por los escasos restos de este estilo en la comarca.

Las llanuras del entorno y la ausencia de construcciones hacen de Malanquilla una postal limpia, que se erige entre vastas extensiones de cultivos y colinas y amplios cielos. En ellos despuntan desde la primera aproximación al enclave las aspas de su afamado molino, el siguiente hito de la ruta. Su funcionamiento cesó a partir de 1733, cuando Bijuesca autorizó a los de Malanquilla la moltura de sus granos en los molinos de agua del río Manubles, dejando de depender del capricho de los vientos para el abastecimiento de sus harinas. “Todos los molinos son importantes porque Cervantes los eleva a la inmortalidad, pero el de Malanquilla tiene una historia propia”, enaltece Sánchez Molledo, quien asegura que “este es el molino más grande de España”.



El pintor de la Generación del 27 Gregorio Prieto fue uno de los testigos de la colocación de la primera piedra de su reconstrucción, en julio de 1981, y ante sus dimensiones comentó que a este habría que llamarlo «el macho», como se ha apodado desde entonces. De estilo cervantino, la silueta y el juego de las aspas y las sombras de esta construcción resultan fuertemente evocadoras, y nos arrullan inevitablemente los renglones del “mire vuestra merced, que no son gigantes, que son molinos...”.

Desde el cerro en el que se eleva este símbolo oficial y oficioso del municipio se encara el final de la ruta, que recorre la cañada real del Cordel de Las Pedrizas, pasa por la cisterna de agua hasta volver al casco urbano en la fuente de los Tres Caños y el antiguo lavadero, un encantador rincón con buena sombra y merendero donde reponer fuerzas, departir o sencillamente escuchar el roce de las hojas de los árboles, hasta la vuelta al mundanal ruido.

Abajo, mecanismo interior del molino



Foto Javier Romeo